

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



William Duncan

CUADERNO Nº 6

35 Cts

EL PRÓXIMO CUADERNO

ESTARÁ DEDICADO A

PEARL WHITE

La bella e intrépida artista de
series, tan popular en el mundo
:: de la pantalla ::



EN PREPARACIÓN:

GUSTAVO SERENA
:: EDDIE POLO ::
PIÑA MENICHELLI

AÑO II

BARCELONA 1.º ENERO 1921

CUADERNO 6

TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

WILLIAM DUNCAN

POR

MARTÍN ROJAS



LA COMPLEJA PERSONA-
LIDAD DE WILLIAM
:::: DUNCAN ::::



UNQUE sea someramente, vamos a estudiar la compleja personalidad de William Duncan, o las varias ramificaciones de su recia personalidad.

Porque, para definir a Duncan, hace falta definir a tres hombres, idénticos en el fondo, en el nombre, en la figura, pero cada uno con actividades y energías encaminadas por distintos senderos.

Más claro: William Duncan no puede ser estudiado solamente en un aspecto de su vida. Es como si tres vidas distintas se hubiesen aunado en una misma persona.

Por eso, si tratamos del Duncan actor, no podemos olvidar al Duncan autor y director ni al Duncan boxeador. Su personalidad es tan enorme, que abarca estas tres o cuatro personalidades diferentes, sin mostrar el menor cansancio espiritual por el peso inmenso que lleva sobre sus espaldas.

* * *

Como actor cinematográfico, William Duncan es de sobra conocido entre nosotros.

Pertenece este actor al género de los artistas de series, que tienen por base de su arte el arrojo y la valentía y la agilidad. Y en este sentido, Duncan no se deja adelantar por ningún actor de su categoría.

Para él todo esos obstáculos que los autores de películas en episodios se complacen en acumular alrededor de la figura del protagonista, no tienen la menor importancia.

Y así, lo vemos trepar por los precipicios con agilidad simiesca, repartir puñetazos que dispersan grupos de enemigos vigorosos, montar a caballo como el más consumado profesor de equitación, hacer alarde de su maravillosa puntería y manejar el lazo con la maestría de un gaucho.

Todas estas cosas difíciles las hace Duncan con la mayor naturalidad, cual si tratase de demostrarnos que para él esos alardes de fuerza y de destreza son un juego de chiquillos.

Al verle trabajar una y otra vez en películas que reflejan la vida rural del Oeste, nos hemos preguntado si este atleta había nacido para crear esos tipos sencillos y rudos de habitantes de las praderas o esos otros tipos de hombres ciudadanos que no logran acostumbrarse al vértigo y a la luminosidad de las grandes poblaciones y prefieren el campo, más en armonía con su carácter de misántropos superficiales.

Y es que Duncan, en sus creaciones, jamás ha dejado traslucir un esfuerzo o una violencia para dar vida a los buenos muchachos campesinos que representa en la pantalla. Su misma sencillez, su facilidad para interpretar tales tipos, nos aseguran que, fuera de esa modalidad suya, el simpático William sería un actor muy secundario, incapaz de congobernar con el gesto o el ademán.

Es un caso parecido al de Eddie Polo, a quien tampoco podemos imaginarnos creando un papel de refinamientos y de dificultades psicológicas.

Sólo en América, en ese país tan moderno y al mismo tiempo tan amigo de la sencillez y de la naturalidad, se dan esta clase de actores que, mirados friamente, serenamente, nos dan la impresión de hallarse muchos codos por debajo de otros actores, no tan famosos ni tan bien pagados, de la pantalla y el teatro.

Son los primeros, actores nada más que de nombre, para quienes el estudio es una cosa superflua y tal vez perjudicial. En realidad, cuanto más incultos, cuanto más rurales, más asegurado tienen el triunfo en esta clase de películas.

¿No son pruebas muy elocuentes los casos de Tom Mix y de Joe Ryan? ¿Concebís a alguno de estos actores vestido de frac, interpretando un tipo medianamente complicado de drama moderno?

Pues en tal caso, aunque con una mayor cantidad de cultura, por su vivir errabundo y aventurero, está William Duncan.

No pisó él el vestíbulo del Conservatorio ni estudió el arte de caracterizarse y de vestirse ni leyó la historia de los grandes actores, en la que a veces un gesto marca una noche de triunfo, ni sintió la curiosidad de conocer a fondo el teatro clásico y el moderno.

¿Para qué? Este bagaje de conocimientos, seguramente restaría encantos al arte simple del gran actor de series.

Y así lo contemplamos siempre con su traje de *cow-boy* o de señorito improvisado, repitiendo constantemente los mismos gestos y los mismos ademanes, pero cautivándonos una y otra vez con su audacia y su habilidad portentosa para salvar toda clase de peligros. Y ante esto, ¿qué falta nos hace que William Duncan sea o no capaz de interpretar un tipo mundano y refinado, planta de estufa de las modernas urbes? ¿No es mucho más viril y mucho más encantador verle hacer esas creaciones tan suyas, que parecen un canto a la vida saludable y fuerte de los campos?

* * *

La personalidad de Duncan como autor y director de escena, deja algo que desear.

Artísticamente, su labor en este sentido, tiene muchos puntos de contacto con su labor de artista. Es, como ella, de una simplicidad rústica y primitiva.

Sus argumentos, esos argumentos que él inventa en sus noches de insomnio, no tienen una nota original ni un alarde de imaginación. Están calcados sobre tantos argumentos de películas de series, vulgares y anodinos, en los que hay los inevitables traidores y los no menos inevitables héroes, que acaban siempre por casarse con la protagonista, una muchacha tímida, a quien salvan de innumerables peligros.

Su única habilidad es la de estirar los argumentos de un modo inverosímil. A veces, un asunto, que al salir de sus manos supone él que no puede contar con más de ocho o diez episodios, al desarrollarlo se da cuenta de que es muy posible dividirlo en treinta o cuarenta episodios, valiéndose de la artimaña de hacer dos películas, continuación la una de la otra.

Esto es debido a su manera de trabajar. William Duncan jamás entrega a la manufactura donde trabaja un argumento escenificado. Se limita a dar una síntesis del asunto, que luego él, en su labor de director, empieza a desarrollar en el mismo escenario donde tiene lugar la acción, empleando ya los artistas que él juzga convenientes,

como si en lugar de un boceto que le sirve de guía, tuviese ya ante él la obra terminada.

De este modo, en la sucesión de escenas que el operador va girando, Duncan va descubriendo nuevos efectos, nuevas situaciones, que a lo mejor, alargan la acción hasta lo infinito o varían en absoluto el asunto que él tenía planeado.

También es una buena cualidad en la dirección de Duncan, la acertada elección de paisajes.

En este aspecto, el artista-director tiene muchas ventajas sobre otros directores de manufacturas yanquis, y la principal de ellas es, seguramente, la de conocer a la perfección el accidentado paisaje del Oeste, que fué teatro de sus correrías y de sus aventuras.

Por eso, en las producciones que él dirige, nos sorprende y nos cautiva, más que el asunto, más que la interpretación, el marco en que la acción se desenvuelve. Vemos allí montañas imponentes, precipicios que parecen contruídos exprofesamente para el drama, bosques de una belleza salvaje. Y esto, realmente sugestivo, nos obliga a perdonar a Duncan sus deficiencias como autor y director.

El Duncan boxeador ya es otra cosa.

El juez más severo no encontraría nada criticable en esta modalidad del gran actor de series. Como boxeador, William consiguió en tiempo no lejano formidables triunfos, que le acreditaron como uno de los pugilistas más ágiles de América.

Su característica predominante en este deporte fué siempre la rápida ofensiva. En el comienzo de la lucha, Duncan se limita a defenderse, parando con habilidad los golpes de su contrario y largando él alguno de vez en cuando, a fin de enardecer al enemigo.

Con este sistema Duncan logra que su advevsario, enardecido por aquella defensa y creyendo fácil el triunfo, derroche en un momento una enorme cantidad de fuerza y de energía. Y cuando el contrinante, debilitado por el esfuerzo, empieza a confiarse, Duncan emprende una ofensiva brutal, que en pocos segundos da al traste con la mermada fortaleza del rival.

En la actualidad, tal vez William Duncan haría un mal papel como boxeador profesional, por su falta de entrenamiento y de régimen; pero todavía, con los residuos de aquel pugilismo que por espacio de varios años llevó su persona de uno a otro lado en medio de oleadas de entusiasmo, tiene bastante para emocionarnos en el cine, fingiendo esas luchas con gañanes, que nos asombran por su realismo cálido.



William Duncan, cow-boy

Caricatura de Fumn

EL PRINCIPIO DE UNA
: : : : NOVELA : : : :

William Duncan nació en Búffalo, una población de los Estados Unidos, el año 1889.

Murió su madre cuando nuestro hombre contaba escasamente cinco años de edad, quedando el chiquillo al cuidado del padre, un hombre tosco y rudo, que poseía unas extensiones de terreno, donde pastaban las vacas en número considerable.

Estos terrenos y estos animales constituían la fortuna del padre de Duncan y eran su constante preocupación, siempre temiendo que una epidemia echase a rodar los movedizos cimientos de su hacienda.

En este ambiente, en medio de los vaqueros, brutales y agresivos, creció William. Y su infancia se deslizó, fuerte y sana, entre las pafas de las vacas y los caballos y el cariño, demasiado brusco, de los criados de su padre.

A los doce años, Duncan era un gaucho perfecto, que luchaba a brazo partido con los vaqueros, enlazaba a los toros al galope tendido de su caballo y montaba como un centauro.

Varias veces, su padre, en los momentos que sus preocupaciones le dejaban libre, había pensado dar al hijo una carrera que le permitiese el día de mañana vivir con holgura e independencia.

Pero siempre tropezaba con la oposición tenaz del joven, poco inclinado a encerrar su robustez y su alegría entre los cuatro paredones de un colegio. Y, varias veces, que logró obligarle a entrar en un pensionado, usando de sus autoridad, se convenció de que su hijo no seguiría nunca aquel camino de vida sedentaria, porque a los pocos días lo volvía a encontrar en la hacienda, luchando con los gañanes y contándoles, entre grandes carcajadas, su escapatória y la cara que pondrían los profesores al conocer la fuga.

Por estas razones, Duncan, hecho un hombre por su cuerpo y por su valor, desconocía casi en absoluto la gramática y andaba a trompicones con la aritmética, igual exactamente que los vaqueros de la hacienda.

Y así siguió hasta los dieciocho años, despreocupado del porvenir, pensando solamente en hinchar a puñetazos las narices de los mozos del pueblo.

Porque, eso sí; William, en cuestión de asignaturas del colegio era de una torpeza extremada, pero haciendo alarde de su fuerza y de su agilidad, dejaba en mantillas a los campeones más aguerridos de la población.

Lo extraño del caso, y que pone de relieve la enorme simpatía del luchador, era que los mozos del pueblo jamás tuvieron la menor antipatía hacia aquel muchacho que los vencía a todos con la fuerza poderosa de sus puños.

Y es que era tan cordial, tan amistosa la sonrisa de Duncan para el vencido, tan sincero el apretón de manos que seguía a la lucha, que los buenos muchachos de Búffalo se sentían orgullosos de recibir mamporros del héroe, y se declaraban calurosos defensores suyos cuando alguien trataba de traicionarle.

Y en los bailes públicos que frecuentemente se celebraban en el pueblo, la pareja era siempre cedida a Duncan a la menor indicación suya, y en los bares se le dejaba el sitio de preferencia, y en los juegos atléticos nadie trataba de disputarle el primer premio.

Con esto, el que más tarde había de ser una gloria de la pantalla, vivía feliz y contento, respetado de todos y sin echar todavía de menos la ciencia que hubiera podido aprender en las aulas, de seguir los consejos sabios de su padre.

L A S P R I M E R A S E N S E -
: N A N Z A S D E L A V I D A :

Un día, la serenidad bucólica de la hacienda fué turbada por un grito de dolor.

Una vaca traicionera había embestido al padre de Duncan cuando éste se encontraba distraído; lo había corneado horriblemente y lo había dejado en el suelo como un guiñapo.

El viejo tosco y rudo tenía el pecho roto y de su boca salía un caño de sangre. Murió a las pocas horas, sin conocer a nadie, sin contemplar el inmenso dolor de su hijo, que por primera vez miraba a la vida frente a frente.

Desde aquella tragedia, a William le pareció vivir en un mundo nuevo y desconocido, en el que había unos señores muy serios que se decían acreedores y otros señores, fúnebres como cuervos, que se titulaban curiales.

Y el buen Duncan vió cómo en pocos días, aquellos señores, en una serie de entrevistas secretas a las que él concurría sin entender una palabra de lo que allí se hablaba, se repartían su herencia y hacían suyos los prados donde él había crecido, las vacas que fueron sus compañeras, hasta la casa de campo donde se mecía su cuna y donde habían muerto sus padres.

En cambio de aquella usurpación, al huérfano le entregaron unos

papeles garabateados, que eran recibos de deudas atrasadas, de hipotecas vencidas, cuyas sumas ahora se cobraban con creces.

Y fué en esta ocasión, cuando Duncan sintió por primera vez no haber seguido los consejos paternos que le mandaban estudiar, estudiar mucho para poder defenderse en la vida. Tal vez, si hubiera sabido un poco de cuentas y otro poco de leyes, aquellos señores fúnebres no le habrían despojado de un modo tan inicuo.

Pero su ignorancia le obligó a callar, a pasar por todo, a mirar, resignadamente, como una desgracia que no tiene remedio, la usurpación de su propiedad.

Y, a los dieciocho años, cuando la vida se presentaba ante él como un camino de rosas, William Duncan se encontró sin hogar y sin hacienda, llevando, por único tesoro, su fuerza hercúlea y su salud a prueba de fatigas y adversidades.

UN AMOR QUE SEÑALA

UN CAMINO DE AVEN-

: : : : TURAS : : : :

En las cercanías de Búffalo, William Duncan tenía una familia que le quería y que, seguramente, estaba dispuesta a protegerle.

Era el cabeza de dicha familia un hermano del padre del muchacho, que vivía en una posición acomodada, cuidando su granja con cariño ejemplar. Formaban el resto del grupo, su esposa y dos hijas de quince y diecisiete años, respectivamente.

Cuando Duncan, después del drama, se encontraba sin saber qué partido adoptar, fueron para él como un bálsamo las palabras de su tío.

—Ven a mi casa y trabajarás allí. Tú eres fuerte y me ayudarás en el cuidado de la granja.

Y allá se fué Duncan, a vivir entre aquella nueva familia que al poco tiempo le mostró ternuras y atenciones para él desconocidas.

Al principio, las únicas preocupaciones del joven huérfano se cifraban en ayudar a su tío, en prestarle la cooperación no despreciable de sus músculos de acero. Después...

Después, un sentimiento ignorado y dulce se clavó en su alma, robándole la tranquilidad, encadenando su existencia tan libre a otra existencia que hasta entonces había gozado idéntica libertad que la suya.

Elena, la hija mayor de su tío, desde el primer momento le mostró al huérfano una simpatía, en la que se mezclaba una gran can-

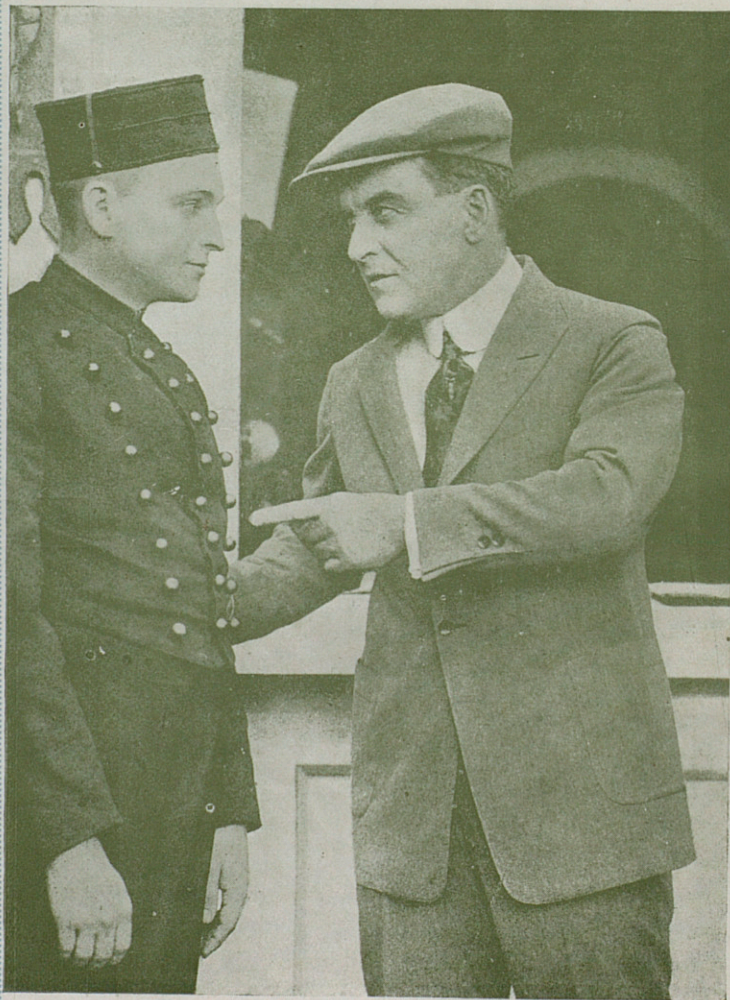


Retrato de WILLIAM DUNCAN



WILLIAM
DUNCAN

en EL VENCEDOR DE LA MUERTE



WILLIAM DUNCAN en «El Vencedor de la Muerte»

tividad de compasión por la desgracia que acababa de sufrir. Las mujeres siempre tienen algo de maternas. Y esta muchachita candorosa e ingénua que vivía alejada del ruido de las ciudades y que hasta entonces no había parado mientes en su primo, al conocer su desgracia se constituyó en su defensora y su amiga cordial y fué la que más trabajó en el ánimo de sus padres, en los días que sucedieron a la tragedia, para que Duncan encontrase un nuevo hogar en aquella casa.

En los primeros tiempos, William, atontado todavía por el golpe brutal que la vida había descargado sobre su alma, no se dió cuenta de aquella amistad que se le ofrecía tan desinteresadamente.

Hicieron falta muchas insinuaciones, innumerables delicadezas de Elena, para que Duncan comprendiese que aquello que se agitaba a su lado era el amor, el amor que no conocía, pero del que había oído hablar muchas veces a los gañanes del pueblo. El amor, que debía poseer un poder inmenso, cuando era bastante a trocar en dulzura y en suave emoción la rudeza de aquellos hombres primitivos.

Y conoció el amor.

Y en la granja, plácida como un canto de Virgilio, los dos jóvenes que empezaban a vivir, entablaron un diálogo interminable de amor. Y en sus labios bebieron las frases de pasión. Y gozaron escondiendo su idilio a las miradas de todos. Y se amaron con todo el fuego de sus almas vírgenes y jóvenes.

Pero Elena era ambiciosa. Mejor dicho; se le empezó a despertar la ambición cuando conoció el amor. No quiso que su novio fuese en la granja un gañán más. Deseó para él, si no la gloria, pues su ambición ni siquiera llegaba a presentirla, por lo menos una vida luminosa en las grandes ciudades, aunque ella permaneciese en su granja, obscurecida, esperando siempre con ansiedad las noticias del ausente.

Duncan sintió entonces, más que nunca, el no haber estudiado, el no haber seguido una carrera, como era el deseo de su padre, que tal vez adivinaba su triste orfandad.

Y en aquellas conversaciones íntimas, en que Elena le alentaba a buscar fuera de la granja otro medio de vida, William se avergonzaba de confesar su ignorancia, su gran ignorancia de todos los asuntos y de todas las materias, que era como unas ligaduras que le impidiesen triunfar en la vida.

Y en las largas noches invernales, sobre la era de la granja se proyectaba hasta hora muy avanzada un cuadrado luminoso.

Era de la ventana de la habitación de Duncan, en donde nuestro hombre estudiaba con afán para recuperar el tiempo perdido.

Y cuando la primavera empezó a teñir de colores vivos el campo, William Duncan, dejando allí aquel amor que inundaba toda su alma, abandonó la granja, para, como un moderno caballero andante, marchar por el mundo en busca de aventuras.

ANDANZAS, PUÑETAZOS

:::: Y AVENTURAS ::::

Como en los cuentos de hadas, el protagonista de esta historia anduvo y anduvo, sin rumbo fijo, al azar, esperando que el destino le presentase aventuras en que tomar parte y en que poder hacer alarde de sus facultades.

Como en una película cinematográfica, los pueblos desfilaban ante él, como una sucesión de rostros iguales, de rostros hoscós, sobre los que la nieve y el sol y el viento de los campos hubiesen puesto un color cobrizo e inalterable.

Atrás iban quedando las frías posadas, las iglesias sencillas, los amplios barracones de madera, que unas veces eran comercios de artículos heterogéneos y otras veces eran albergue de pastores y otras veces tenían un aspecto mixto de café y taberna y prostíbulo, centros de corrupción y de pecado, donde se envilecían los trabajadores del campo o los que extraían mineral de las entrañas de la tierra.

Eran aquellos unos pueblos que se mostraban ceñudos para el caminante, cual si temiesen que aquel aventurero venido de tierras lejanas les robase la tranquilidad egoísta de su vivir sin inquietudes y sin ambiciones.

Y Duncan seguía andando, andando, en busca de la ciudad ideal que abriría ante él sus puertas de oro, para ofrecerle la gloria y la popularidad; llevando en su pecho, como en un altar, la llama de amor que se había encendido al contacto de una mujer en la paz bucólica de la granja.

Pero aquella ciudad fantástica no aparecía nunca ante su vista. ¿Sería como aquel Eldorado de espejismo que los conquistadores de América buscaban con tesón, aun a costa de sus vidas, que iban sembrando de cadáveres de hombres fuertes el escabroso camino?

Momentos había en que el atleta, a pesar de su energía y a pesar de su voluntad, se sentía decaer por el esfuerzo gigantesco de la marcha constante, que apenas tenía treguas de reposo.

Eran estos paréntesis fugaces, cuando Duncan encontraba en algún pueblo una persona caritativa o necesitada de brazos, que le daba trabajo por algunos días.

Entonces, el buscador de aventuras, satisfecho de interrumpir aquella interminable caminata, trabajaba más que ninguno, procurando quedarse en el pueblo el mayor tiempo posible.

Pero al poco tiempo, cual si le hubiesen echado una maldición, las palabras sacramentales sonaban en sus oídos:

—Ya no queda más trabajo... Puede usted marcharse,

Y volvía a la penosa marcha, y Duncan, en aquellos instantes de decaimiento físico y moral, cuando se veía obligado a sentarse al borde de una carretera o de un camino, pensaba que sería muy cómodo renunciar a la gloria, renunciar al amor de su novia, para quedarse allí sentado eternamente y que la tierra lo fuese tragando poco a poco, insensibilizándole, quitándole aquel dolor agudo que le rompía los huesos...

Un día la Fortuna le mostró su cara sonriente.

Era un domingo, alegre como una carcajada. El sol vertía torrentes de luz sobre el campo y sobre los tejados de las casas de un pueblo al que Duncan se acercaba.

Al entrar en él, el caminante se quedó sorprendido ante un grato espectáculo. El pueblo estaba en fiestas; por todos lados aparecían guirnaldas de papel, sobre las que ponían una nota discordante las banderitas nacionales esparcidas en número inverosímil. Sonidos estridentes de orquestas rústicas llegaban a sus oídos, infiltrándole en la sangre un optimismo saludable.

Por la plaza del pueblo, los mozos encabritaban sus caballos, haciendo alardes de equitación. Y en la puerta del teatro, un gran cartel escrito a mano pregonaba la agilidad y la bravura de un famoso boxeador, el cual ofrecía cincuenta dólares al que le venciese en tres asaltos.

Duncan entró en el teatro y vió cómo uno a uno iban quedando vencidos los mozos que se arriesgaban a colocarse frente a frente del pugilista.

El se encontraba muy cansado, muy extenuado por las fatigas de la caminata, pero, en cambio, tenía necesidad inmediata de aquellos cincuenta dólares que le representaban una fortuna.

Y, sin pensarlo más, subió al tablado y se colocó frente a frente del campeón. En la mirada decidida y enérgica conoció el profesional que tenía que habérselas con un enemigo de cuidado, y procuró marcarle con una rápida ofensiva, en la que Duncan apenas tenía tiempo de defenderse.

Pero el aventurero no echó en olvido su táctica en las luchas pueblerinas. Al terminar el primer *round*, su contricante había perdido la mitad de sus fuerzas y estaba en condiciones de ser vencido al menor empuje, mientras Duncan, poco gastado por la lucha anterior, se encontraba ágil y fuerte y casi seguro del triunfo.

El pugilato había despertado entre los espectadores un entusiasmo loco. Se discutía a gritos, se cruzaban apuestas originales, en las que se mezclaban dólares, monturas de caballos, revólveres y rifles.

Al iniciarse el segundo *round*, Duncan perdió su actitud pasiva y se lanzó contra su adversario como un huracán, manejando los puños como si fuesen martillos y avanzando y retrocediendo con agilidad pasmosa.

Ante aquella acometida rápida e inesperada, el boxeador que se consideraba invencible comprendió que nada le quedaba que hacer

como no fuese defenderse el mayor tiempo posible, para tener por lo menos un vencimiento honroso, y así lo hizo, pero un puñetazo certero de Duncan, e inmediatamente otro rematando el efecto del anterior, terminaron con su menguada fortaleza.

William Duncan quedó dueño del campo y en posesión de cincuenta dólares que le hacían mucha falta.

Pero no paró ahí su fortuna.

Una vez terminado el *match*, los espectadores invadieron el estrado y se apoderaron del vencedor. Y allá se fué nuestro hombre por las calles del pueblo, sentado sobre los hombros fornidos de sus admiradores, recorriendo en medio de aclamaciones la población que ardía en fiestas.

Jamás había sentido Duncan una emoción tan intensa como entonces.

¿Era aquello la gloria?

Y el caminante, que más de una vez hubiera querido morir al borde de un camino para no andar más, bendecía ahora la ambición de su novia, que lo había lanzado por un camino de aventuras.

DE GRANJERO A BO-

: : : : XEADOR : : : :

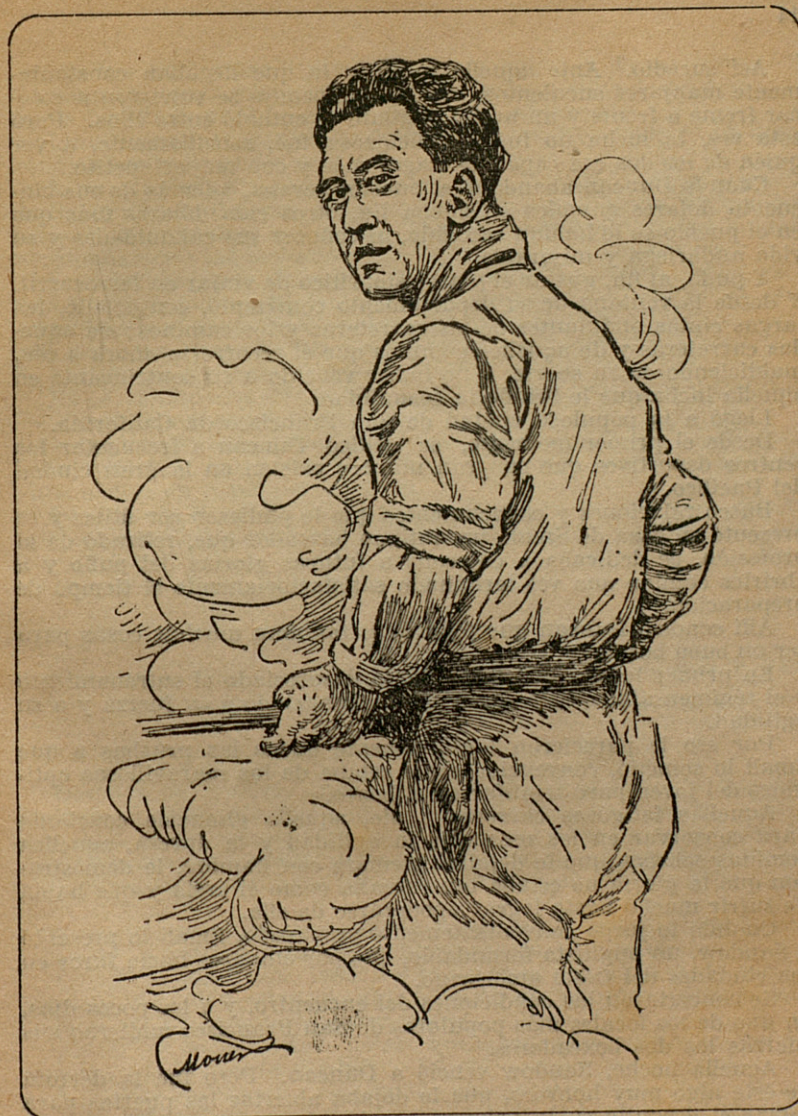
Aquel día quedó sobradamente definido para William el camino que debía seguir en la vida.

Sería boxeador. Recorrería triunfalmente el mundo, dando y recibiendo puñetazos y buscando, en el pecho y en el mentón de sus contrarios, el oro y la gloria que necesitaba para ofrecerle a su novia.

Y aquella noche, a pesar del cansancio y de las emociones, William Duncan escribió a Elena una larga carta, dándole cuenta de su primer triunfo.

Cuando por la mañana quiso abandonar la posada, no pudo hacerlo. Abajo, en el zaguán, le esperaban las personalidades más eminentes del pueblo, que no podían consentir que el aventurero reanudase su éxodo sin llevarse, por lo menos, un recuerdo agradable de aquella población testigo de su triunfo.

Y fué el alcalde en persona quien invitó a Duncan a que asistiese a una comida en el salón del Ayuntamiento, preparada para que los dos rivales del día anterior se estrechasen la mano, sin odio y sin rencor.



William Duncan en *El Vencedor de la Muerte*

Dibujo de Moner

Así sucedió. Ante aquella mesa, a la que llegaban constantemente manjares succulentos, los dos campeones se volvieron a colocar frente a frente y un nuevo pugilato se entabló entre ellos. Pero esta vez, la lucha no fué a puñetazos: fué, sencillamente, a ver quién de los dos era capaz de tragar más y con mayor apetito.

Cuando Duncan abandonó el pueblo, llevaba, además de sus cincuenta dólares ganados en buena lid, otros cien dólares más que en el pueblo se le habían recogido, al conocer sus calamidades y su vida andariega y miserable.

Y pudo, al fin, gustar el placer sibarítico de viajar en ferrocarril. Y desde la ventana de su departamento contempló, con deleite, las largas cintas ondulantes de las carreteras y los caminos; de aquellas carreteras y de aquellos caminos que él recorrería ahora a pie, maldiciendo de su suerte, a no haber vencido a su contrincante en aquella lucha que le brindó la casualidad.

Llegó a la populosa ciudad de San Francisco de California.

Desde el primer momento, se dedicó Duncan a frecuentar los centros deportivos que en gran número existen en la gran ciudad del Pacífico.

Buscó relaciones y conocimientos que le pudiesen ser útiles y se presentó en casa de Small, un antiguo boxeador que, retirado de la profesión, se dedicaba a entrenar a futuras glorias del puño y a abrirles camino una vez terminado satisfactoriamente el tiempo de preparación.

Allí conoció Duncan que todavía le faltaban muchas cosas para ser un buen boxeador.

En primer lugar, él siempre había despreciado el entrenamiento y el régimen alimenticio, confiándose demasiado a su fuerza y a su agilidad.

Por eso le parecieron excesivamente duras las pruebas a que Small lo sometió, convencido como estaba de las maravillosas aptitudes del joven para triunfar en el boxeo.

Aquellas fatigosas carreras a pie, aquella gimnasia constante para conservar en los músculos la agilidad y la dureza, aquellas comidas sobrias, que le dejaban siempre con hambre, le demostraron que la gloria no estaba tan cercana como él creía y que había de sufrir mucho hasta lograr apoderarse de ella.

Cuando lo juzgó convenientemente preparado, Small lo presentó a Sandow, un pugilista formidable, que por entonces hacía furor en las ciudades del Oeste americano.

Se concertaron las condiciones del encuentro, y a los pocos días, en uno de los locales más populares de San Francisco midieron sus fuerzas los dos boxeadores.

Aquella noche, Sandow venció a Duncan. Pero fué la derrota de éste algo muy honroso, que le dejaba abiertas las puertas para tomar el desquite en la primera ocasión.

Y la ocasión no tardó en presentarse.

Sandow había sido contratado por la empresa de un teatro del Sacramento, cuya empresa, no conociendo a otros boxeadores, le había facultado para buscar él mismo un adversario.

Inmediatamente, pensó Sandow en Duncan y lo contrató en unas condiciones muy ventajosas.

El *match* despertó expectación en San Francisco, pues a pesar de la derrota de Duncan, todos comprendían que iban a luchar dos fuerzas casi iguales, e innumerables aficionados de dicha ciudad acompañaron a los boxeadores al Sacramento.

En aquel segundo encuentro, los partidarios de Duncan no quedaron defraudados. El tercer *round* marcaba la victoria de éste sobre Sandow, después de una lucha encarnizada, en que peleaba uno por conservar su puesto de campeón y el otro para resarcirse de un fracaso que juzgaba bochornoso.

Estas rivalidades profesionales no menguaron la amistad que los dos hombres se profesaban.

Y cuando Sandow, contratado por empresas de San Francisco emprendió una *tournee* por la nación, se llevó consigo a Duncan para luchar en todas parte con él.

De este modo se vió William Duncan, en poco tiempo, convertido en uno de los boxeadores más populares de América.

UN MATRIMONIO Y UNA

: : : : SORPRESA : : : :

Después de recorrer innumerables poblaciones de los Estados Unidos, en compañía de Sandow, William Duncan sintió un día la nostalgia de la granja y de aquellos claros ojos de mujer que lo llamaban constantemente, a través de sus viajes y sus inquietudes.

Y a la granja se fué, en busca de paz para su espíritu y de amor para su corazón.

Y de todo encontró en aquel rincón soleado y amable, que le hablaba de su antigua vida sin ambiciones, sin sobresaltos.

Los brazos de Elena, tendidos hacia él en un ademán de cariño inmenso, parecían retenerle allí, lejos de sus triunfos, ofreciéndole en cambio una vida de felicidad eterna.

¿Para qué luchar más? ¿Para qué correr otra vez por el mundo en pos del oro y de la gloria?

Y satisfecha su ambición, aquella muchachita buena y tímida no deseaba ahora más que conservar a su lado al hombre amado, que por ella había escalado las cumbres de la popularidad.

Duncan no se hizo de rogar mucho y se casó.

Y ahora, en el viaje de novios, volvió a recorrer, en un lujoso departamento de ferrocarril, aquellos lugares pintorescos que fueron testigos de sus primeras andanzas.

En San Francisco de California se estableció la feliz pareja, saboreando aquellos primeros meses de luna de miel en que todo sonreía a su alrededor.

Duncan prometió formalmente a su esposa no volver a cultivar el boxeo como medio de vida. Y lo cumplió. Encarriló sus energías por senderos distintos a los que hasta entonces había seguido, y fué empresario de teatros, formó compañías que hacían cortas *tournées* y empezó a relacionarse con artistas cinematográficos.

Un día el director de la Vitagraph, que conocía sus éxitos anteriores como boxeador, lo contrató para interpretar un papel de *cow-boy* en una película de series.

Gustó mucho su trabajo, y desde aquel día Duncan se quedó en la Vitagraph en calidad de artista distinguido.

Pronto, sin embargo, dió a conocer sus grandes facultades como argumentista de películas de series y como director concienzudo, siendo éste el principal motivo de su rápida elevación en la carrera cinematográfica, pues hoy, después de muy pocos años, ocupa uno de los puestos más envidiables de la mencionada manufactura.

Las películas suyas que más conocemos por haber sido proyectadas con éxito ante nosotros son: «Panther», «Carpanta», «La lucha por los millones», «El hombre del poder» y «El vencedor de la muerte».

Después de una vida aventurera y errante, William Duncan ha logrado, por el amor de una mujer, crearse una posición muy digna de ser envidiada. Y hoy, a los treinta y un años de su vida, el artista de múltiples personalidades ha podido, al fin, olvidar sus penalidades pasadas, para pensar solamente en su presente venturoso.

MARTÍN ROJAS



TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Bruch, 3 - BARCELONA

Se publica los sábados

Estos cuadernos se servirán a domicilio, mediante los siguientes

ABONOS

Abono anual, España y Portugal: 18 ptas. - Extranjero: 25 ptas.

» semestral » 9 » 12'50 »

» trimestral » 4'50 » 6'25 »

Pago adelantado, por Giro Postal o valores de fácil cobro

A nuestros Corresponsales

Tenemos a la venta un importante número de

ARGUMENTOS

de las películas de más éxito, ilustrados con preciosos grabados, que serviremos contra nota de pedido dirigida a esta Administración

